

ENRIQUE GONZALEZ ROJO Jr.

LUZ Y SILENCIO

A mi madre

Y

A mi abuelo

LA HORA DEL CANTO

Para mi nieto *Enrique*

Clava los ojos en la vida;
en viento y sol hunde la frente;
descalza el pie, y humildemente
oye en la Tierra Prometida
las voces de la zarza ardiente.

Charla con el ave viajera;
persigue todo lo que sube;
por la montaña y la pradera
échate a andar, y espera,
espera el vaticinio de la nube.

Llora en las lágrimas del río;
ríe con la risa del mundo;
embriágate de aroma y rocío;
nace en cada nido vacío,
muere en cada sol moribundo...

Y cuando sientas ya que canta
tu rebosante corazón
ardido en fiebre sacrosanta,
¡deja salir de tu garganta
el pájaro de la canción!...

Enrique González Martínez.

A 23 de junio de 1946.



Retorno

*"Lo llamo, lo persigo. Ya no vuelve
el rostro a mí para decirme: "padre,
ésta es mi juventud, yo te la entrego:
éste es mi corazón y ésta es mi sangre"*

E. González Martínez.

El árbol que los campos riega
de frutos opulentos
sin prever que los pájaros los hurtan,
es igual que tu espíritu
que, como suerte venturosa, pudo
en fruto humano convertir el sueño
que un instante después,
por la traición, otra ave
dejó sobre tus brazos muerto...

Pero la vida te ofreció más tarde
un nuevo fruto que por siempre vuelve
su ser a ti para decirte: "padre,
ésta es mi juventud, yo te la entrego,
éste es mi corazón y ésta es mi sangre".

María

María,
el triunfo del amor está cercano;
María,
nunca el abrojo su camino alfombra.
María,
han escrito en la palma de mi mano
la letra con que iniciase tu nombre:
¡María!

Ambición Lírica

Cantar quisiera
júbilo y grima;
que hasta la cumbre
—tierra en el cielo—
llegara el canto.
Cantar quisiera
júbilo y grima.

Pero tan sólo
quedo conforme,
si nunca alcanzo
lo que ambiciono,
si los anhelos
es el olvido
quien se los lleva,
con que mis versos
tú los escuches
y los comprendas.

Silencio

El amor ha llegado.

(Están frente al azul dos palmas
al cubrirte la cara con las manos).

El corazón se entrega a ti
al romper con el canto el gran silencio.

Pero tú, con un signo que deprime,
en la cruz de tus labios y tu dedo
crucificas mi palabra.

Sueño Temprano

Juntos partimos cuando paso a paso
me acercaba inconsciente al sufrimiento.
Ahora el pensamiento
comprende aquel principio y este ocaso.

En un ayer, cuando ofreció tu vaso
dicha en licor al corazón sediento,
tuve tu boca y recibí su aliento
sin mirar la asechanza del acaso.

Huiste para siempre de mi vida;
no hubo gemidos, ni sangrienta herida,
ni un pecho maldiciendo tu vileza;

guardé no más, de aquel sueño temprano,
escondido en el hueco de mi mano
un puñado de amor y de tristeza...

Nuestros Ojos

Nuestros ojos cubiertos por la venda
del enigma del mundo,
pasaron por la senda
sin captar el misterio más profundo.

Mujer, cuando en la hoguera contemplemos
morir la última brasa del dolor
y por siempre los párpados cerremos
¿miraremos mejor?

Coordinación

Lloro... Llueve...

Suspiro... y el viento
se mueve...

¿Por qué esta imitación, naturaleza?

¿Quieres ser el espejo
de mi tristeza?

Destino en Cruz

Triscado por el alma, mi camino
era de amor; de falacia tu senda.

Algo, de pronto, desgarró mi venda.

Hoy contemplo la cruz de nuestro sino:
tú caminando en mi amorosa senda
y yo cruzando tu falaz camino...

Paisaje

El cielo un mar semeja,
las nubes son las playas;
pero el mar no se mueve,
la costa es la que vaga...

Paz

Una tarde que se mece
con rumores de campana,
una tarde, una tarde que parece
una mañana...

Alta Luz

Un sueño me lacera y me alucina:
es un ansia que vaga, que camina
buscando la emoción que nunca alcanza;

es el supremo fin en cuyos lazos
quisiera no caer... ¡Tener tus brazos
es perder la ilusión de una esperanza!

El Poema de la Vida, de la Muerte y del Amor

Sin rosas y con espinas,
cuando te hallas en el cielo
descubro cielo en el cielo;
y el suelo
se hace cielo si caminas.

Mi corazón fue de sombra
cuando brilló nuestro día;
hoy que voy sin compañía,
mientras el viento te nombra,
encuentro la analogía
de mi vida y de la sombra:
ambas mueren con el día.

Como la muerte es la sombra,
quiero vivir en la sombra,
para vivir en la muerte.
En el curso de la suerte
la fuerza de la pasión
es insondable problema:
yo puedo hacer el poema
de la vida y de la muerte,
¡pero nunca el del amor!

Futuro

Un prever amargo y duro
la desgracia que me espera;
un proseguir la carrera
recordando lo futuro.

Rosa y duda

Tu mirada mató mi indiferencia,
y ante la voluntad desvanecida,
trazó un camino por donde mi vida
miró llegar, tras el partir, tu ausencia.
Un tocar el dolor por la presencia
al retornar la luz, de los más vivos
anhelos de seguir siempre a tu lado.
Y un amor, un amor que se ha quedado
en un correr de puntos suspensivos...

Cantos

A Luis Ignacio Helguera

Esta vida es un ave.
Si contempla una rosa
débilmente suspira.
El canto del amor es el suspiro.

Si la hiera una espina
cuando cruza los campos,
gime silenciosamente.
El canto del dolor es el gemido.
Si llega hasta la sombra...
¡El canto de la muerte es el silencio!

Desengaño

Fuiste
la Venus de Milo.
Mas se deshizo el encanto
del mirífico momento,
al enlazar nuestros brazos...

Feria

Rueda de la fortuna:
la tierra, la luna,
y yo junto a ti.
Al ruido y la calma
alegraste el alma
con tu risa en i.

El motivo

Por un silencio, mi llanto
—música de soledad—
Si preguntan por qué canto:
es mi forma de llorar.

Madrigal

La luz de tu mirada es mi fortuna;
no la hay más dulce, más
ardiente y bella:
en medio del armiño una laguna,
en medio de sus linfas una estrella...

La mujer

Hay en su mano que ambiciono y temo
algo de garra cincelado en roca:
la pintura coloca
una gota de sangre en cada extremo...

Crucifijo

Un crucifijo en el pecho
que prueba tu devoción.
Un crucifijo en el pecho
que está entre Dimas y Gestas
—dos blancas cumbres enhiestas—
en una nueva "pasión".

Terraza al mar

Trazada a compás la luna.
Descanso en vaivén cansado.
El mar intenta alejarse,
por no turbar el reposo,
en silenciosa resaca.....
Arroja la paz el viento;
hay un rosario de estrellas
y se aproxima un milagro.
La brisa busca las sienes
para llevarse los sueños.
Una rosa se detiene...

Hamaca: columpio y lecho.

Diálogo

Para Graciela Phillips.

El hombre:

En la noche —periódica pizarra—
cuando muerte vital domina el mundo,
hay algo que unifica y que desgarr.

La estrella:

Oigo tu queja: sé de la amargura
que guarda tu oración; pero ¿no tienes
una luz, entre sombras, que fulgura?

El hombre:

Brillante voz, palabra cristalina
que al descender elévame hacia ella
por una ruta azul y diamantina,

¿te entregarás a mí? ¿será mi ruego
un grito que se pierda en el espacio?...
¿No podré nunca disfrutar tu fuego?

Todo es inútil, son esfuerzos vanos:
¡en la extensión te alcanzarán los ojos
pero nunca las manos!

Nocturno

Ese mar era de perlas, de diamantes
y de espejos columpiados por el aura;
el azul iba bogando por las crestas de las
linfas misteriosas.
Ese mar era de perlas,
ese mar era de rosas...
A la aurora repentina de los cielos arbolados
por los rayos que caían,
se miró pasar un barco,
se miró pasar un barco que los surcos de las
olas desgarraba:
era el barco de la muerte,
de la muerte recelosa,
de la muerte de las almas...
Mas de pronto su silueta se perdió por entre
brumas de tragedias y de espanto.
Ese mar era de perlas,
ese mar era de rosas,
ese mar era de llanto...
Y mi vida que es un sueño, que es un sueño
hasta la muerte,
despertó sobrecogida, despertó sobrecogida:
ese mar que era de perlas,
ese mar que era de rosas,
ese mar que era de llanto,
¡ese mar era mi vida!...

Paisaje interior y exterior

Soñé con despertar, con que mi ensueño
conociese los garfios de la vida.
Soñé con despertar, alma dormida,
y despierto soñando con mi sueño.

Partido corazón ¿tienes empeño
en dejar que mi mente perseguida
por perenne sufrir, siga perdida
por donde me embarranco y me despeño?

Así, por la campiña, mis tormentos
brotaron al instante que los vientos
cayeron en el musgo de la alfombra.

Después, miré el paisaje; se veía
con árboles que riegan en el día
las noches diminutas de su sombra.

Naturaleza

A Emilio Prados

Un humano sentir en el paisaje:
el llorar del arroyo en la cascada
y el gemir de la brisa en el ramaje.
Al polícromo cielo del ocaso,
quisiera el corazón, tras el encuentro,
perdersse en la colina paso a paso;
y en éxtasis el alma religiosa,
ya comprendiendo la naturaleza,
comulgar con un pétalo de rosa.

Congoja

Al sitio abandonado, ya sin que hubiese abrojos,
alguna vez quisiera, quisiera retornar.
Allí, donde recuerdo la lumbre de tus ojos,
la lumbre de tus ojos que me hicieron llorar...
La flor de mis ensueños sus pétalos deshoja,
tu ausencia es la presencia de nefasto huracán.
Yo soy aquel que tiene la más grande congoja:
mirar que llora sangre —mi sangre—tu puñal.
Yo soy aquel que tiene las manos en la tierra
sepultando ilusiones que no pude alcanzar.
Yo soy ojos quien al quedarse sin tu cariño, cierra
los ojos por que el mundo no los mire llorar.

Tarde de ayer

Cinco pétalos tiene la rosa de tu mano.
El sol está en tus ojos ingente y dividido.
Exceptuando un momento, la tarde ha transcurrido
con fatiga y desgano...
Subráyase el instante que ayer hemos vivido
con un sueño cercano.
¡Cinco pétalos tiene la rosa de tu mano!

Flor

Margarita —gota rubia en el armiño—
unes tu ser a mi ser.
Margarita dominguera
¡ah, si el corazón pudiera,
por conocer tu cariño,
deshojar una mujer!

Mi jardín

Aspecto

En el jardín sonriente
lleno del esplendor de primavera,
parece una serpiente
la manguera...

Flores volátiles

Estrellas del jardín —las rosas—
miran volar, moviendo cuatro pétalos,
las blancas mariposas...

Contradicción

Vemos pasar con tembloroso vuelo
un caballo del diablo por el cielo.

Ramillete

Hay nardos, amapolas y violetas,
jacintos, girasoles, maravillas,
y, meciendo sus lánguidas siluetas,
alcatraces con lenguas amarillas.

Romance

Una vez quise tus labios,
una vez quise besar
tus labios de doble sangre,
de dividido coral.

Una vez quise tus ojos,
tus ojos para soñar;
mas los párpados —telones
diminutos— al bajar
ocultaron el encanto
del mirífico mirar.

Una vez quise tus senos
—dos olas del mismo mar—
donde mis manos cual naves
trataron de navegar.

Y una vez cuando tu cuerpo
quiso mi cuerpo estrechar,
con las brasas en tu carne
la nieve pudo quemar.

La voz rota

En un papel puse el alma,
y al hacerlo mil jirones
dejé el alma desgarrada.

Tomaste aquellos pedazos
con pasmosa indiferencia
juntándolos cual si fuese
mi amor un rompecabezas...

Paraguas

Con el nubarrón errátil
por las callejuelas llueve.
Toda la gente se mueve
con su arbolito portátil.

Piedad

Tras la veste facial del blanco velo,
los ojos como cielo, como cielo,
derramaban la lluvia de tu llanto.
Entonces mi piedad, por tus tristezas,
te brindó, contra vientos y asperezas,
el extendido techo de mi manto.

Al vestir

Un áspid me rodea:
abrocho el cinturón
Y se muerde la cola una culebra...

Acapulco

Costa mineral:
el oro en la tierra,
la plata en el mar.

Los caracoles

En los vaivenes salados
pones tu dulce mirar.

En las playas deja el mar
miles de mares regados.

Filosofía

Una me gusta por sus lindos ojos,
otra por su gracejo,
aquellas por sus manos o su voz.

Soy, en este momento,
ecléctico en amor.

El refugio

Al cruzar el camino que en el mundo
la mano del destino pone bajo la planta,
por un dolor profundo
mi canción se levanta.

La canción es consuelo del hombre taciturno
que quiere poner freno a la agonía.
Es como aquel relámpago nocturno
que intenta con su luz volver al día.

Fin

Bajo llover nocturno de fulgores
con la corcova de mi fardo voy.
La luna, con su séquito de flores,
es el punto final de mi pasión.

Unión

¿Era nuestra unión
un pétalo clavado
por una espina?
O mejor ¿era una espina
clavada por otra espina?

Vida, sólo vida

Mi carne era sencilla; mas la muerte
puso ornatos estúpidos al cuerpo;
mi carne, como carne, no tenía
más que cinco sentidos prisioneros.
Ahora, tras la falta de tu signo,
conduzco dos bajeles con un remo;
ahora puedo ver tus carnes blancas
como barros y nubes en un péndulo.
Mis sueños complicados son sencillos
con la meliflua paz de lo sincero.
Mis manos en su carne sienten carne,
tus ojos en su cielo sienten cielo.

Quemada por los rayos de la luna
deshojas sin escrúpulos tus dedos.
A la luz de un brillante se destacan,
con las negras tibiezas de tus huesos,
las cimas culteranas de los hombros
y el estriado camino del cabello.
Después, cuando tus ojos se contemplan
en los aires que fingen un espejo,
las brasas con las brasas hacen chispas,
las chispas con las chispas hacen fuego.
Y entonces, con los brazos dominados,
perfumas el ambiente de tu pecho.

La vida, sólo vida, no percibe
más que nubes noctívagas de hielo,
el trinar amarillo de un canario,
y al llegar los carruajes del invierno,
la desnudez sin carne de los pinos
que se mueven cual garras en mi huerto.
Las orquestas plumadas de las aves
—nuevas hojas dotadas de gorjeo—
se separan, de pronto, de las ramas
y se pierden cual piedras en el cielo.
La vida, sólo vida, ya no tiene
más carne, como carne, que mi sueño.

El canario

Los hojosos trayectos de las ramas
cobijan los polluelos de su sombra;
hay un rayo de sol que de repente
flébil canción entona.
Después, cuando la noche llega al cielo
y la luna cual ojo coruscante
llora miles de estrellas
alumbrando
las inmóviles olas de los surcos,
hay un rayo de sol en esta noche,
hay una rubia cruz que entre sus brazos
con timidez se esconde.
Lloviendo la mañana —luz y llanto—
al pájaro despierta;
mas el sol, cual si fuese una sonrisa
en medio de las lágrimas,
aparece en el éter
enjugando las perlas
con pañuelos de brisa.
De pronto muere el canto.
El silbo de una bala,
un silencio dorado
arranca de las ramas.
El viento, como pájaro incorpóreo,
llevando por las hojas su garganta
quiere restituir la nota inerte.
Los hojosos trayectos de las ramas
cubren con los polluelos de la sombra
el lumínico sueño de una muerte.
Así, cual un arbusto, mis entrañas
tuvieron en metal áureo sonido;
mas para no perderlo,
como una rubia cruz helo mandado
a la jaula segura de tu oído.

Hora vespertina

El sol tiembla de frío.
La senda, como sierpe polvorosa,
se cambia, cuando cruzas, en un río
que conduce en sus linfas una rosa.
Con los ojos hundidos en el cielo
caminamos los dos sembrando huellas.
Las nubes, como témpanos de hielo,
ocultan la niñez de las estrellas.

La muerte del canario

A Rafael Escoto

En el órgano verde del encino,
del encino canoso por el heno,
columbro
la blanca redondez de un nacimiento.
El árbol que parece, por su copa,
un verde nubarrón hurtar al cielo,
oye de la garganta del canario
salir los cien canarios de un gorjeo...

Después, cuando las huellas de mis huellas
estaban todavía sobre el suelo,
el pájaro murió... Crispando un puño
injurié con mil gritos al Silencio,
y mis manos, raíces en la tierra,
con la fúnebre marcha de los vientos,
en el nido terrestre sepultaron
la semilla de canto de su cuerpo.

Campo

Casas de teja roja, cual quemadas
por los rayos del disco que fulgura.
Al centro, torre cíclope murmura
canciones en su rueda numerada.

La tinta del azul está manchada
con níveos garabatos que en la altura
las nubes inscribieron, agua pura
de cendales espúmeos decorada.

Al prístino cantar de una corriente
y al ascender dos rosas a tu cara,
nuestros ojos hallaron de repente

los llantos racimales de la viña;
y en su cuna de luz, cual si soñara,
el botón de un rosal, la rosa niña.

Índice

Por orden alfabético

Acapulco	39
Alta luz	14
Al vestir	38
Ambición lírica	6
Campo	49
Cantos	18
Congoja	30
Coordinación	10
Crucifijo	24
Desengaño	19
Destino en cruz	11
Diálogo	26
El canario	46
El motivo	21
El poema de la vida, de la muerte y del amor.....	15
El refugio	42
Feria	20
Filosofía	41
Fin	43
Flor	32
Futuro	16
Hora vespertina	47
La muerte del canario	48
La mujer	23
La voz rota	35
Los caracoles	40
Madrigal	22
María	5
Mi jardín	33
Naturaleza	29
Nocturno	27
Nuestros ojos	9
Paisaje	12
Paisaje interior y exterior	28
Paraguas	36
Paz	13
Piedad	37
Retorno	4
Romance	34
Rosa y duda.....	17
Silencio	7
Sueño temprano	8

Tarde de ayer	31
Terraza al mar	25
Unión	44
Vida, sólo vida	45